

TIEMPOS CRÍTICOS

DIOS - PATRIA - REY

NI RUSIA NI COMUNISMO
NI RE. UL. NI LIBERALISMO.
¡SOLO CRISTO-REY
Y EL CATOLICISMO
SALVARÁN AL MUNDO!

Año VIII

En un lugar de la Mancha, Marzo de 1950

Núm. 14

LA CAUSA Y SU POLITICA

Su principal dolencia y el remedio,

Necio sería ya, si gravemente pernicioso, ignorar, velar o negar la honda y trascendental dolencia que viene sufriendo desde hace años nuestro ser colectivo.

Necio, porque es indiscutible y patente. Gravemente pernicioso, porque muy lucharemos contra el peligro si descuidásemos su existencia y jamás buscaríamos y aplicásemos con decisión el urgente y necesario remedio si nos empeñásemos en negar o minimizar nuestra enfermedad.

Tampoco debe tranquilizarnos que los demás —los partidos liberales, brazos, clases e instituciones sociales, naciones extranjeras, etc.— estén, en lo más esencial, peor que nosotros. Porque el mal de muchos sólo sirve de consuelo a los tontos y a los cobardes, y a estos tales de nada sirven a la Religión y a la Patria.

Por ello, partiendo de la única base honrada, racional y sólida —el humanismo racionalista de nuestro mal estado actual— nos proponemos contribuir modestamente al análisis de sus causas y consiguiente determinación y aplicación de los remedios, que, por ser adecuados y con la ayuda de Dios, pueden sanarnos.

No seguiremos en este trabajo —que, Dios mediante, nos proponemos continuar en artículos sucesivos— un orden rígido. Pero si nos parece conveniente dejar aquí consignada una observación general y previa: En la parte superior del hombre y de la sociedad, en nuestro espíritu individual y colectivo —de carlistas, de españoles, de católicos— es donde se halla nuestra enfermedad y ahí también debe surgir, con la gracia de Dios, su antídoto: por algo la Causa Tradicionalista o Carlista es esencialmente espiritualista, opuesta al materialismo en su doble forma liberal y marxista.

Decía el semanario «Puntango» en su artículo de 21 de noviembre último titulado «Señalando por el fusilamiento de 30.000 enemigos»: «Detrás de él —de Roosevelt— estaban no sólo las organizaciones del partido demócrata, sino las fuerzas más o menos secretas de organizaciones como la masonería, en cuyas filas figuraba (La revista «Look» publicaba recientemente un reportaje sobre el desarrollo de la masonería en los Estados Unidos, con fotografías de los más destacados masones, desde los Presidentes George Washington y Benjamin Franklin hasta Roosevelt, que ingresó en la Orden en 1917; Truman que fue Gran Maestro, y el General George H. Marshall, que se hizo mason un poco más tarde, en 1941)».

Hace algunos meses apareció en varios periódicos españoles la fotografía, que insertamos en este número, del actual Presidente de los Estados Unidos —Truman, antiguo Gran Maestro de la Gran Logia de Missouri, Grado 33, etc.— en plena actuación, idéntica y atuendo masonicos.

El periódico judío «La Terre Retrouvée», dijo: «Preguntado sobre las consecuencias que podría tener para Israel la elección del señor Truman, Aubrey Eban, delegado de Israel en la O.N.U., respondió: Ningún Presidente de los Estados Unidos ha hecho más por nuestra causa que el señor Truman... La gran mayoría de los judíos americanos han acogido con alegría la reelección del Presidente, interpretándola como una victoria del liberalismo, victoria que no podía dejar de ser favorable a Israel».

Podríamos multiplicar indefinidamente citas semejantes, pero lo juzgamos innecesario por ser de conocimiento general la profesión masonica de los más importantes estadistas, jefes, y también, y la política imperante en los Estados Unidos se hallan caracterizadas, informadas y dominadas por el liberalismo, la masonería y el judaísmo. Nos limitaremos, pues, a guiar de ejemplo y por la actualidad, significación característica y decisiva importancia que revisten, a llamar la atención de nuestros lectores hacia el «caso de España», la entrega de China al comunismo y la preponderante intervención que en uno y otra ha correspondido —como informador o negociador o como Secretario de Estado de la Unión— al «hermano» General Marshall.

(Sigue en la pag. 2)

10 de Marzo

MARTIRES DE LA TRADICION

Los cementerios donde reposan las cenizas de nuestros mártires no son mansiones de muerte, sino recintos de vida y foco de legítimas esperanzas», dijo el gran rey Carlos VII.

Recintos de vida... La sangre de los mártires es semilla de vida para el Carlismo. Es el recuerdo peregrino de una trayectoria rectilínea, sin líneas quebradas ni torcidas, en marcha ineludible hacia un Ideal inmutable. Clara en su camino, como la luz meridiana del sol. Cuando el horizonte se quiebra y se oscurece, los carlistas saben que no van a perderse en sus nebulosas porque el aliento de sus mártires no les falta. Porque los sacrificios de tantos y tantos mártires no pueden ser estériles.

Foco de legítimas esperanzas... Con la sangre palpitante de sus mártires, el Carlismo ha sobrevivido los más tremendos vendavales, las más duras pruebas, interiores y exteriores. Con la sangre de sus mártires, el Carlismo ha sobrevivido a la Revolución, a todos sus enemigos, a todas las fórmulas políticas que de él se burlaron y le persiguieron en lucha a muerte. Pero el Carlismo vive y sus enemigos han pasado. Y pasaron. La Causa carlista es Causa de Dios. Y no puede morir. Y esas seguridades las encuentra el pueblo carlista iluminadas por el foco de sus mártires.

En esta hora de tinieblas para la Religión, para España y para la Causa, no cejemos en la invocación constante a nuestros mártires. Allos son nuestros mejores intercesores ante el Altísimo para que el odioso fantasma del desaliento no se adhiera de nuestro espíritu y para que la luz se haga en la Causa, para que esta siga camino de su acrecentado Ideal sin torceduras, sin oscuridades, sin adentrarse en senderos por los que nunca ha pasado el Carlismo!

Por Cristo Rey, por España, por los mártires de la tradición, mantengámonos firmes en el camino recto!

La sangre de nuestros mártires cae sobre nosotros si nos llevamos lo más íntimo de Ideal y claudicamos, poco o mucho, ante nuestros enemigos de siempre!



El Presidente Truman en la Gran Logia de St. Louis (Missouri), vistiendo atributos masonicos y estrechando, sonriente y cordal, las manos de los Grandes Maestros de la Masonería, James Bradford y Harry F. Sunderland. Truman abandonó Washington expresamente, durante dos días, para asistir a la ceremonia del nombramiento como Gran Maestro de James Bradford.

Hablan los mejicanos

REVOLUCION ROJA Y CATOLICISMO

Por FELIPE DE JESÚS

«Orden», órgano periodístico del Sinarquismo, el heroico movimiento político-social de México, publicó, en 27 de enero de 1948, el artículo que a continuación reproducimos en extracto. La identificación de su pensamiento con el nuestro frente a los poderes internacionales que se disputan el dominio del mundo, nos ha movido a su reproducción.

Desde que el Presidente Alemán tomó posesión del poder, la política internacional de México ha sufrido un cambio radical. Antes, muy poco antes, aun en el régimen de Avila Camacho, México — el México oficial — era izquierdista, amigo de los comunistas, simpatizador ardiente de la U.R.S.S. y de sus milagros proletarios.

Ahora no. Ahora todos somos «anticomunistas» (...)

Esta manera de ser así, voluble, acomodaticia, irresponsable, nos la da un ambiente de liberalismo; pero esta misma manera de ser es la que nos ha impedido proclamar lo que verdaderamente somos, afirmar lo que es México, expresar nuestra auténtica naturaleza.

Y lógico es suponer, que en esta forma de manifestarnos, no podremos nunca combatir al comunismo, ni enfrentarnos a él con entereza y vigor, a pesar de ser «anticomunistas», porque el ser «anticomunista» no es ahora más que una «moda», una conveniencia, un dejarnos arrastrar por las circunstancias y las influencias extrañas, sin comprender que el «anticomunismo» auténtico procede de nuestra propia naturaleza nacional que no admite que seamos o parecíamos ser lo que no somos en realidad.

La democracia se dice ahora defensora de la civilización occidental y enemiga del comunismo. Pero a la democracia le tenemos que preguntar si en los tiempos de Roosevelt era «anticomunista». Naturalmente que los hechos nos demostrarían lo contrario. En esa época había concesiones, préstamos, alianzas y contubernios.

Y es que la democracia no podrá nunca destruir al comunismo, a pesar de los millones de dólares que se gasten para detener su avance. La democracia admite en su seno mismo la existencia del comunismo. Y así, toda lucha será estéril; todo esfuerzo será vano; toda esperanza será vacua.

La verdadera fuerza que puede oponerse al comunismo y vencerlo es la catolicidad. Si las democracias no se llenan, no se saturan de catolicismo, vamos a tener que pensar que el comunismo arruinará a las democracias, lo cual nos daría mucha pena, porque estas sucumbirían mientras el cristianismo perdurará a través de los siglos.

Lo que importa en estos momentos es hacer florecer al catolicismo, sin reticencias, sin reservas, sin falsas apariencias: en una palabra, hacer que viva lo católico en el individuo, en la familia, en las instituciones, en la sociedad y en el Estado. Sólo así podrá contenerse la revolución comunista que amenaza, cada vez más, al mundo.

La Revolución Roja está en ebullición. ¿Vamos nosotros a enfrentarnos únicamente con dólares?

No, la lucha contra el comunismo es más seria, más pelirosa, más formidable, y sólo el cristianismo puede emprenderla.

Abandonemos las tibiezas; abandonemos las contemplaciones; abandonemos las debilidades. A la Revolución Roja hay que enfrentar la milicia más poderosa del occidente: la milicia católica. Sólo así salvaremos al mundo.

LA CAUSA Y SU POLITICA

(Viene de la pág. 1.ª)

Ahora bien, frente a tan abrumadora evidencia, en libro con apariencia tradicionalista recientemente puesto a la venta: «¿Quién es el Rey? La actual sucesión dinástica en la Monarquía Española» — se hacen ciertas afirmaciones y distinciones, y se mantiene públicamente determinada tendencia que por su heterodoxia y peligrosidad — en relación a la Causa y a España — nos vemos obligados, axioma publicamente, a denunciar, rechazar y condenar.

Omitiendo, en gracia a la concisión, la cita y el comentario de otros pasajes de dicho volumen, nos bastarán unas cuantas de sus líneas para dejar cumplidamente probada nuestra grave aseveración y fundado nuestro repudio.

Concretísimamente afirma «¿Quién es el Rey?», en sus páginas 107 a 109 — subrayamos nosotros — que es preciso distinguir muy mucho el liberalismo continental europeo de la democracia americana y de la Monarquía inglesa; que el primero ha fracasado rotunda e indistintamente y su única artera defensa en los días actuales consiste en tratar de hacer ver una supuesta similitud suya con los regímenes inglés y norteamericano; que durante mucho tiempo algunos signos exteriores y la terminología de ciertos discursos políticos han hecho indudable esta supuesta identificación a los ojos de los poco avisados; concluyendo: «La democracia americana es, pues, fundamentalmente distinta del liberalismo europeo, y nacida con mucha anterioridad, en otras circunstancias y por otros motivos, a pesar de que la estatua de la Libertad, del puerto de Nueva York, está regalada por Francia en medio de un enjambre de discursos sin más valor que cualquier presentación de credenciales diplomáticas con manifestaciones oratorias».

¿Necesita refutación esta serie de afirmaciones gratuitas y absurdas, tan liberalizantes y oportunistas como opuestas al constante sentir y política tradicionalista? Para los Carlistas, desde luego, no. Mas, si para alguien la necesitase, refutada queda por la razón que da Sardá y Salazar («El liberalismo es pecado», págs. 50-51) y que el propio «¿Quién es el Rey?» cita, pero no tiene en cuenta, en las mismas páginas (107 y 108) que comentamos: «No en que legisle el Rey en la Monarquía o en que legisle el pueblo en la República, o en que legislen ambos en las formas mixtas, está la esencial naturaleza de una legislación o Constitución, sino en que se haga o no se haga todo bajo el sello inmutable de la Fe y conforme a lo que manda a los Estados como a los individuos la ley cristiana».

El asunto, puesto en cuestión por «¿Quién es el Rey?», debe, pues, ser planteado y resuelto de esta incillísima manera: ¿En los Estados Unidos y en Inglaterra se legisla, se hace todo, bajo el sello inmutable de la Fe y conforme a lo que manda a los Estados la ley cristiana? O es, por el contrario, cierto que no se hace así, sino según ordena la doctrina liberal (condenada por la Iglesia) bajo la fortísima preponderancia de las logias masónicas, sionistas y demás fuerzas antieclásticas, más o menos secretas, a que antes nos hemos referido?

Evidente es, por desgracia, la falsedad de la primera suposición y la verdad de la última, a pesar de lo bueno que allí como en todas partes, existe, y que ojalá llegue algún día, con la ayuda de Dios, a invertir los términos de la actual realidad. Y evidente es, por consiguiente — y lo ha sido siempre para todo carlista, para todo tradicionalista, para todo católico que siente con la Iglesia — el radical liberalismo y antitradicionalismo — a lo católico y español — de los regímenes y la política imperantes en Inglaterra y Norteamérica.

Cumplido quedaría, con lo dicho, el deber — que como a cualquier tradicionalista nos incumbe — de votar por la ortodoxia y pureza de la Causa, si el asunto de «¿Quién es el Rey?» fuese único o no concurriese, en él y en los otros, graves y reveladores circunstancias que patentizan la existencia, en la dirección del Tradicionalismo Oficial, de una política acomodaticia, oportunista y liberalizante, de la que tales casos no constituyen sino simples piezas, consecuencias y manifestaciones.

¿Cuáles son esas circunstancias?

La primera, que quien edita y pone a la venta «¿Quién es el Rey?», dándole así la «ida y vuelta» política y arrojándolo con su autoridad política, es la «Editorial Tradicionalista», propietaria de «El Siglo Futuro»; la coincidencia de cuya dirección y control, con la del Tradicionalismo Oficial, es sabida.

La segunda, que la citadísima doctrina y peligrosa tendencia manifestada en ese libro, coinciden y se completan de manera singular con las expuestas en su escrito de 12 de octubre de 1948 por don Melchor Ferrer, último colaborador del Iefe en España del Tradicionalismo Oficial, don Manuel Fal Conde, y con los juicios y la política consignados por este mismo como propios en carta escrita en Sevilla a 5 de octubre del mismo año, que — subrayamos nosotros —, entre otros extremos, dice: «A mi juicio, el momento actual no permite renunciar a alguno por donde tener esperanza en nuestro triunfo como partido hasta que la guerra cierre el período gravísimo, erróneo, de nuestra postguerra y restaurar en España los principios del 18 de julio. Si la guerra termina como pueda esperarse, con la victoria norteamericana (...) tampoco podrá instaurarse régimen alguno que ponga a España en peligro de un nuevo 18 de julio». Y en párrafo anterior: «Por tanto, hay que asegurar nuestros principios, mantener nuestros cuadros, disponernos a concurrir como impone nuestro deber a la nueva espantosa guerra, que en las consecuencias de la misma, que han de ser descomunadamente distintas de las de la guerra de España, sean nuestras esencias y soluciones las que se impongan».

¿Cree en verdad don Manuel Fal Conde o podrá creer el más ignorante de los carlistas que pueda ponerse en la futura guerra internacional y en la victoria norteamericana esperanza alguna racional de restaurar en España los principios del 18 de julio, de nuestro triunfo como partido o de que sean nuestras esencias y soluciones las que se impongan?

No es evidente, todo lo contrario?

¿Cómo puede afirmar don Manuel Fal Conde que después de una victoria panqui no podrá instaurarse en España régimen alguno que la ponga en «peligro» de un nuevo 18 de julio?

Si estalla una guerra mundial, triunfan los Estados Unidos y cambian el Gobierno de España, puede apostarse cien contra uno a que el mundo irá a parar a sus hermanos en espíritu y política, a los liberales declarados o a los socialistas, a los masones, a los republicanos o a los juanistas — con las catastróficas, obligadas y ya conocidas consecuencias — pero nunca a sus enemigos, a los antiliberales, a los carlistas, a quienes está resuelto a mantener una política íntegramente católica y española.

Y todavía el Carlismo consiente, siquiera con su silencio, que don Manuel Fal Conde declare obligada de los carlistas concurrir a esa guerra, y nada menos que como imposición de nuestro deber, y aún se atreva a señalarlos, como único medio conducente a nuestro fin y, por consiguiente, como principal, por no decir sólo objetivo de la política tradicionalista, nuestra preparación para esa misma guerra?

No podía consentirlo ni la consigna denunciando en 25 de mayo último tan descarriada y sospechosa actitud, por quienes la arrojaron, a los tradicionalistas de toda España.

Bien sabemos que, a ruella de más o menos distingos y salvedades, en determinadas «Instrucciones», emanadas de la dirección del Tradicionalismo Oficial, meros después de efectuado el reparto de aquella exposición del Carlismo de Cataluña, apareció rebeldía este mismo radicalmente intervencionista — disponiéndose a concurrir como impone nuestro deber a la nueva espantosa guerra — y transformado en un ordenado alfilino, el embudo y confuso maridaje entre la posición de España en esos momentos debe ser de neutralidad y nuestra eventual contribución a la guerra futura.

POLITICA DE DIOS

Es una de las características de nuestros tiempos la general desconfianza en todas las políticas, el escepticismo casi total respecto a cuantas medidas se adoptan y a cuantos proyectos se tiran para atajar el cúmulo de males que pesa sobre la humanidad de la post-guerra.

Este escepticismo tiene en lo humano mucho fundamento. Los hombres han querido componerse a solas y han fracasado en toda la línea. ¿Tiene esto algo de particular? ¿Para qué sirve la Historia si no hemos aprendido todavía esta realidad tan palmaria repetida una y mil veces a lo largo de sus páginas?

No gritemos, pues. Menos exclamaciones aporreadas y apóstrofes trágicas. El hombre sin Dios, la sociedad fuera de Dios no podían dejar de ir adonde hoy están: al abismo de la confusión y del desastre. Y contra

esto, poco o nada podrán los discursos, los planes y los armamentos. El que todavía no está convencido de esto no necesitará esperar mucho para estarlo. La Historia va de prisa.

Quien por fortuna suya, por su formación sólida, por sus creencias firmes, abraza la convicción de la inutilidad de los esfuerzos de una política y una obra que prescinde en todo de Dios y a veces abiertamente conculca sus mandatos y su ley, ¿cómo ha de mirar la moderna constitución de dos bloques enemigos, comunista el uno, anti-comunista el otro? Si busca salvación y paz y verdad y justicia, ¿adónde dirigirá su mirada? ¿Dónde está Cristo y dónde el Anticristo?

Contestemos con una afirmación primera y rotunda: el ideal de Cristo, la paz, la justicia, el amor, no está en ninguno de los dos bloques. Si malos son los unos peores son los otros. El que una Prensa insulsa y tímida no lo

diga así no quita fuerza ninguna a esta verdad. El que el señuelo de los dólares que Norteamérica ofrece a sus futuros cómplices distraiga la atención de muchos hombres honrados no mengua la trascendencia grandísima de este hecho irrecusable. La verdad integra no estuvo nunca o casi nunca en los periódicos. Y menos ahora.

Es justo el desencanto en los políticos que bebieron en el liberalismo el veneno de la hipocresía y de la farsa. La lástima está en que este desencanto no sea mayor y más general. Y que no provoque una reacción sana que no tema ni al martirio para defender briosamente la verdad de esta conjura internacional contra la Iglesia de Dios alentada por igual en Occidente y en Oriente, por los judíos y masones de Norteamérica tanto como por los comunistas de Rusia, por los hipócritas liberales y demócratas de acá tanto como los crueles, pero al menos sinceros, comunistas de más allá del telón de acero.

Política de Dios. He aquí la única política, la que no se ha intentado siquiera. La que no fracasará nunca. Y no estas piruetas ridículas en que se muestran maestros los políticos de cuño liberal. Y esas conferencias inacabables. Y los discursos fatuos. Y las amenazas que no se cumplen. Y las palabras que no se sienten.

Ya somos mayores de edad, con la mayoría y la madurez que da el sufrimiento y la privación y el dolor. Y nos suena a cosa vacía la promesa vana de un bienestar imposible que se quiere sentar sobre un hipotético monopolio de la bomba atómica o sobre una fuerza brutal que desconoce y desprecia la santidad del derecho y de la justicia, la personalidad del débil, los derechos del veteado.

Si el comunismo es un poder satánico, como de hecho lo es, ¿quién podrá vencerle y anularle sino otro poder que tenga la impronta de Cristo, único vencedor de Satanás? ¿Quién habrá tan cándido para creer que la paz que deseamos y no tenemos ha de venir después de una carrera de armamentos, de una rifa entre dos colosos que se disputan a una misma víctima, entre dos verdugos que con procedimientos distintos atentan contra una misma verdad, contra una misma fe, contra un mismo Dios?

Condenamos como los que más al comunismo. Nos basta para ello hacer profesión, como valientemente la hacemos, de catolicismo. Pero con igual o mayor energía condenamos porque también lo condena la Iglesia, el ateísmo organizado y el paganismo que alienta en el ánimo de la mayoría de los políticos occidentales y de sus comparsas de la O. N. U., verdaderos criminales y verdaderos responsables de que la sociedad se constituya sin Dios y sin moral verdadera. Enemigos todos de la Iglesia, fautores de la nueva guerra que se avecina, castigadores, es verdad, de nuestras propias culpas, por permisión divina, pero no por ello menos merecedores del desprecio universal.

Con la Iglesia y por la Iglesia. Sin miedo a que la sonrisa detulante nos tache de nuevo de intransigentes. Lo seremos mientras lo sea el Papa, que es nuestro Padre y nuestro Maestro. Lo seremos mientras la razón y la Historia no nos enseñe otro procedimiento para vencer a los enemigos encubiertos de Dios, cada día más numerosos. Lo seremos mientras sea verdad el dilema más universal que pronunciarán los labios divinos de Jesucristo: «quien no está conmigo está contra mí».

Tampoco ignoramos que en cierto «Boletín de información», de don Manuel Fal Conde, últimamente editado, se da —por ahora— digno remate a tan bonito juego de prestidigitación, eliminando completamente de la copia literal de aquellas «Instrucciones» que —en forma de artículo y con título adecuado a la metamorfosis— se transcribe en él, todos y solo sus párrafos abusivos a nuestra contribución a la guerra, y conservando, en cambio, religiosamente los que riman con la otra porción de postura en las tan repetidas «Instrucciones» encubiertas: «La posición de España en estos momentos debe ser de neutralidad».

Todo ello nos enseña, lector amigo, cuán sencillo resulta —solo con no hacer cosas a tan inocentes escamoteos— dejar transformado a tal decidido belicista en esforzado patadín de la más independiente y patriótica neutralidad: tan sencillo, por lo menos, como deshacer de nuevo el fuego, volviendo, si conviene, al punto de partida, volviéndose, por ejemplo, de haber simulado, la ya condicionada posición de neutralidad, a «estos momentos». Y también nos enseña a presentarnos contra el engaño, sino por nosotros, por la Causa.

Pero, sea lo que fuere de la apariencia o realidad de las nuevas actitudes exhibidas, es legítimo, debido y muy conveniente para la Causa confesar y proclamar la necesidad y eficacia de la pública y grave acusación formulada en 25 de mayo del pasado año, por el Carlismo de Cataluña, ante todo por haber mantenido la auténtica doctrina y política carlista y, después, porque tuvo la suficiente virtud para forzar al desmiado dictador del Tradicionalismo Oficial a dar ese paso —aunque reticente, parcial e inseguro, hacia atrás— en una de las cuestiones políticas, de más importancia y transcendencia para el mundo, para España y para el Carlismo.

Dijimos al empezar este artículo que nuestro ser colectivo, el Tradicionalismo, está enfermo y que nos proponemos contribuir a acortar las causas de nuestra dolencia y a aplicar sus remedios.

Pues bien, en esbozo queda expuesta la principal de esas causas: La doctrina y la política de don Manuel Fal Conde, dictador del Tradicionalismo Oficial, Doctrina y política, como es obvio, tradicionalistas solo en la apariencia de los discursos y manifestos, pero, en la realidad, acomodaticios, poco claros, oportunistas, claudicantes, sospechosos, genocidas y por lo tanto, dependientes de lo extranjero, que es, a la vez, liberal.

Dice el Evangelio: Si la sal se hace insípida, ¿con qué se le devolverá el sabor? Para nada sirve ya; sino para ser arrojada y pisada por las gentes.

Y sal religiosa-patriótica de España ha sido durante más de cien años el Carlismo, con su esencial antiliberalismo militante y su civil independencia de todo extranjero.

¿Mas, donde queda el sabor católico-tradicional, el sabor de ideal, el sabor español, el sabor carlista, el espíritu, en una palabra, en la política del Tradicionalismo Oficial, dedicada a «distinguir muy muchos» entre liberalismos fracasados y sin fracasar, europeos y norteamericanos, y a poner sus esperanzas y las de los tradicionalistas, no, como siempre, en Dios y en la virtud y el esfuerzo de lo propio, sino en el triunfo de los cuando no enemigos, por lo menos extraños y extranjeros, de los —el poderamos no menos liberales y promotores y compradores mundiales del actual liberalismo— Estados Unidos de América?

Ese sabor, ese espíritu, lo ha perdido y, al perderlo, la sal de esa política se ha hecho insípida y —como dice el Evangelio— para nada sirve ya; sino para ser arrojada y pisada por las gentes.

Quien recurrió al esplendoroso triunfo de los requetés en la Cruzada española y me dice sobre nuestro actual anormalamiento y disgregación, no se le explicará mientras se detenga en otros motivos —siempre secundarios o externos— y no estudie y acepte, como verdadera causa de ese lúgubre fracaso, la aquí consignada y probada.

Y precisada la causa primera de nuestra enfermedad, por si solos surgen también los primeros de sus remedios:

1. El público y radical repudio y denuncia carlista de esa doctrina y esa política falcondista, por ser prácticamente liberales y esencialmente extranjeras al ser y espíritu tradicionalista.

2. La renuncia, por ilegítima, de la disciplina que las encarna e impone.

3. La unión, reagrupación y organización del Carlismo español con espíritu e ideal, fuera de tal disciplina y de derroteros personalistas, en torno, por de pronto, a la auténtica y esencial doctrina y política tradicionalista, en torno a la Causa, llevando, manteniendo y fortaleciendo su propia, inmutable y sin igual bandera.

Con toda humildad replicamos a Dios que nos dé a todos la fortaleza y elevación de espíritu necesarias para conseguir esta unión y rogamos a don Manuel Fal Conde —a cuya nefasta costumbre se debe el que nos vemos obligados a dar público conocimiento de su desviación— que allane el camino de la unión carlista retirándose voluntariamente de un cargo desde el que, tanto como contribuye en la preparación guerrera de la Cruzada a «reforzar el hundimiento de España», concurre con su política guaristamente perjudicial a la Causa —sal y esencia de la Patria— a perderla.

Civilización occidental

"Noticias Católicas", servicio informativo de la "National Catholic Welfare Conference", de los Estados Unidos, en 9 de marzo del pasado año de 1949, comunicaba que los Obispos de Puerto Rico, excelentísimos señores J. P. Davis y J. E. Mac Manus, habían publicado una Pastoral conjunta sobre las prácticas inmorales recomendadas por el Gobierno de los EE. UU. en la Isla. Extraíamos de la información de "Noticias Católicas":

Mientras se dice y se hace muy poco para inculcar al pueblo decencia y responsabilidad para que establezca su vida familiar sobre normas morales, y reduzca el alto porcentaje de los hijos ilegítimos, las autoridades "levantan un gran grito de alarma para proclamar que sólo la contracepción y la esterilización pueden salvar a Puerto Rico".

"¿Es que hemos llegado ya a esa horrosa etapa de nuestro llamado progreso, en que el Gobierno considera que las leyes de los hombres deben suplantar las leyes de Dios?", pregunta la Pastoral.

"¿Es que existe la consigna de elevar material y económicamente al obrero y al campesino, mas al precio de su degradación moral?"

El plan oficial quiere destruir el sentido de delicadeza que aún reina, pese a todos los desenfrenos, en la mayoría de las gentes.

Una es la razón de todos los desaciertos, señala la Pastoral finalmente: "Cuando se intenta resolver los problemas del hombre sin contar con el Hacedor del hombre, es de esperarse el más estruendoso y desventurado fracaso. De aquí la urgente necesidad de insistir cada día más en que nuestro pueblo, y sus públicos dirigentes, no prescindan de Dios, cuyo nombre no basta mencionar como cosa de obligada rutina."

El periódico inglés "The Catholic Worker", en su edición de febrero del año en curso, bajo el título de "Mac Arthur castiga al Japón", publicaba la siguiente noticia, que también extraíamos, traduciendo literalmente los párrafos más interesantes:

Mac Arthur ha decidido que son necesarios "contraconceptivos" para el desenvolvimiento del Japón. Ha decidido nada menos que el Japón tiene demasiados habitantes y que la solución es cortar el nacimiento de cristianos.

El verano último, LAS MUCHACHAS DE LAS ESCUELAS MEDIAS, se han convertido en propagandistas, vendiendo contraconceptivos y ganando así más dinero que sus parientes que trabajan.

Treinta y cinco casas producen material de esa índole y su producción se ha duplicado en los últimos tres meses. Los cines publican reportajes recomendando el "control técnico del nacimiento". Los autobuses y tranvías y los periódicos exhiben descaradamente consejos para el "control del nacimiento" y anuncian drogas anticonceptivas.

Americanos, subvencionados con fondos del Gobierno americano, se hallan atareados, exhortando a los japoneses a convertirse en entusiastas de esa "técnica liberadora".

La revista barcelonesa "Perseverancia", órgano de la Obra de Ejercicios Parroquiales, en su número de diciembre último, reproducía una noticia de la "United Press", que, junto con otras, merecían atinado comentario del Doctor A. M. Dicha noticia es como sigue:

Los Consejos Demográficos de la Universidad de Columbia, alarmados ante el rápido crecimiento de la población Hispanoamericana (que calculan que en cincuenta años habrá llegado a más del doble de los Estados Unidos y Canadá juntos) consideran que "este peligro mundial" debe evitarse "reduciendo el número de nacimientos hasta llegar a una población estacionaria".

Atravesemos el Atlántico y vayámonos a Londres, la otra cabeza de la "civilización occidental". El periódico "The Times", en su "Weekly Edition" de 18 de enero del año actual, publicaba un artículo titulado "Limitación de las familias", en el que se refería a un informe de la Real Comisión de Población. De dicho artículo, entresacamos lo siguiente:

La comisión médica publica una lista de las cuestiones a las que se pedía respuesta. ¿Cuán extensivamente se practica el control del nacimiento? ¿Hay diferencias notables según los grupos sociales? ¿Hasta qué punto es efectivo? ¿Es importante el aborto como método de control de nacimiento?

Los resultados muestran que un 15% de las mujeres casadas antes de 1919 practicaron el control del nacimiento en alguna época, y EL PORCENTAJE AUMENTA CADA CINCO AÑOS HASTA ALCANZAR EL 66% ENTRE LAS MUJERES CASADAS EN EL PERIODO 1925-1939.

Una parte del informe analiza las convicciones religiosas de las mujeres "entrevistadas". En casi todos los grupos, las hebreas usan el control del nacimiento en mayor proporción que las mujeres de cualquier otra creencia. La anteriormente aludida revista de Barcelona, "Perseverancia", decía también en el número referido y en el artículo firmado por A. M.:

La Comisión Real sobre Población, recomienda al Parlamento y Gobierno británicos la siguiente PROPUUESTA DE LEY: "La consulta médica sobre contraconceptivos, para las personas casadas que la deseen, DEBE SER ACEPTADA COMO UN DEBER por el Servicio Nacional de Sanidad, y las restricciones existentes respecto a tal consulta sobre contraconceptivos en las clínicas públicas, DEBEN DESAPARECER".

En las estaciones de ferrocarril y "metro", en los parques, jardines y calles de Inglaterra, se están instalando desde hace tiempo numerosas máquinas automáticas donde cualquiera, introduciendo una moneda, puede obtener un anticonceptivo.

La prestigiosa revista "Eccelesia" califica tal hecho de "bestialidad", pero yo me permito indicarle que las bestias, guiadas sólo por el instinto animal, y sin la luz de la razón, no usan contraconceptivos, porque tal hecho repugna hasta al instinto.

Lector amigo: Perdona que hayamos puesto ante tus ojos unas muestras de la escoria y los deshechos de la sacrosanta "civilización" occidental. Tú juzgarás si eso es "civilización" o si es algo peor que un... (íbamos a decir "salvajismo" o "bestialismo", pero nos acordamos de que ni los salvajes ni las bestias hacen lo que los "civilizadores" occidentales inculcan).

He ahí un botón de muestra de las consecuencias que el mundo trae el naturalismo, el liberalismo, el materialismo, la indiferencia religiosa, el alejamiento de la verdadera Religión, el sexualismo desbordado. He ahí un botón de muestra de una "civilización" sin alma, degenerada, sin fuerzas espirituales.

¿Ella tiene que vencer al comunismo? Permítanos que lo dudemos.

El mundo no tiene otra salvación que la vuelta al Dios verdadero, que la práctica de su Religión única, que el Catolicismo.

Ni el liberalismo de los EE. UU. e Inglaterra, ni el comunismo de la U.R.S.S. salvarán al mundo. ¿En el Catolicismo está la salvación? Y la salvación se acelerará, si los católicos, y los carlistas entre los primeros, tenemos fe auténtica en Dios y luchamos sin desmayos para imponer en el mundo nuestros principios y nuestro espíritu. No le salvaremos con tibiezas, con transigencias, con esperanzas vanas, con desvíos. ¿Quién no está con Cristo está contra El! (No existe término medio en la lucha).

ANTICOMUNISMOS

Para muchos, las grandes potencias que hoy rigen el "mundo occidental" son anticomunistas.

Pero...

Los Estados Unidos han permitido, a los ojos de todas las naciones civilizadas, que el comunismo invadiera la inmensidad China. Los Estados Unidos han negado su ayuda a los nacionalistas chinos, pese a un subido crédito que para ellos había aprobado el Congreso. Los Estados Unidos habían ahora de una posible inteligencia con los comunistas chinos y de facilitarles préstamos... si sus gobernantes, como Tito, se rebelan contra los dictados del Kremlin.

Inglaterra se apresuró a reconocer al Gobierno comunista chino. El oponente a la política laborista inglesa, Winston Churchill, ha tomado como caballo de batalla electoral la reanudación de conversaciones y tratos con la Rusia comunista.

El "padrecito" Stalin ("el buenazo de José", en frase de Truman), tiene bajo su jurisdicción directa, como botín de conquista, 1.483.000 kilómetros cuadrados, con 98 millones de habitantes. A estas cifras hay que añadir las de los países vasallos, a los que la U.R.S.S. ha dejado una sombra de independencia: Polonia, Alemania del Este, Rumania, Hungría, Bulgaria, Lituania, Letonia, Estonia, Albania, Checoslovaquia y Yugoslavia, en Europa (1); Manchuria, la Corea septentrional y China, en Asia, que representan para Stalin un total de subditos "indirectos" que asciende a 550 millones.

El "terrible" Hitler (santo que tampoco es de nuestra devoción), conquistó 214.000 kilómetros, poblados por 21 millones de habitantes. Y le dejaron sin respiración! Era un terrible "criminal de guerra"! Pero a Stalin... ¿cada día respira mejor? Y cuanto más respire, menos van a respirar los otros.

Verdaderamente, hay anticomunismos que no los entendemos. A no ser que los consideremos como el decorado de una gran farsa diabólica, montada sobre el tablado de la paz, del orden, de la independencia y de la sangre de los pueblos.

(1) El Ministro de Asuntos Exteriores laborista, mister Bevin, dijo en Woolwich el 13 de febrero y en un discurso electoral: "El Plan Marshall ha salvado a Europa de volverse comunista después de la guerra". ¡Caramba, si se desconfía! ¿Es que todos los países que mencionamos no son europeos? ¿Es que usted, mister Bevin, no ha reconocido al Gobierno comunista chino? ¿Es que la conquista de China y su reconocimiento no son unas puñaladas trapezadas para Europa? En fin, se vive bastante inmodestamente, mister Bevin, en este rincón de Europa que nos han dejado con la ilusión de que aquí no va a entrar el comunismo. Pero en el que ha entrado por la puerta falsa: Partidos Comunistas de Francia, de Italia, de Bélgica, de Holanda, de Grecia!

Incluimos a Yugoslavia entre los países vasallos de la U.R.S.S. Aunque nos quieran dar gato por liebre, sabemos todos que Yugoslavia es comunista y que Tito, en este año de 1950, ni más ni menos, y el día 30 de febrero, dijo en un discurso ante cincuenta mil personas: "Yugoslavia no se atará al Occidente como lo hizo la Kominform, ni siquiera para obtener los empréstitos que tanto necesita".